

España y la I Guerra Mundial

El Crepúsculo de una Era. Más allá de los campos de batalla

Francisco J. Romero Salvadó

University of Bristol

La miserable vida de los soldados entre el lodo y las ratas de las trincheras y las matanzas espeluznantes tras gigantescas ofensivas para conquistar unos pocos kilómetros de terreno calcinado constituyen las imágenes gráficas más asociadas con la I Guerra Mundial. Entre 1914 y 1918, Europa se vio envuelta en una hecatombe sin precedentes. Las cifras hablan por sí solas: más de 8 millones y medios de muertos, 21 millones de heridos y casi otros 8 millones entre prisioneros y desaparecidos en combate. Si nos preguntamos cómo esto afectó a España, un país que permaneció neutral durante toda la contienda, la respuesta es simple. Todas las naciones sufrieron el impacto de un cataclismo de tal magnitud. España no entró en la guerra, pero la guerra sí entró en España con inmensas consecuencias.¹

De hecho, junto a la sangría humana, la guerra representó el crepúsculo de una era; la violenta irrupción de un nuevo siglo. En 1914, a pesar de todo tipo de mecanismos constitucionales y parlamentarios, las sociedades civiles y políticas en gran parte de Europa seguían firmemente dominadas por elementos del *ancient régime* (monarquías con vastas prerrogativas sostenidas por burocracias, iglesias y ejércitos alimentados en los principios de disciplina y jerarquía social, gobiernos elitistas y parlamentos manufacturados donde sus cámaras altas eran auténticos baluartes del pasado.² En el caso español, el país estaba gobernada por una monarquía de corte liberal. Disfrutaba de una gama importante de derechos civiles, libertades públicas e incluso del sufragio universal masculino pero, en realidad, el poder era un juego de notables del que la mayoría de los ciudadanos permanecía literalmente excluida.³ Desde la Restauración de los Borbones en diciembre de 1874, una oligarquía formada por dos partidos dinásticos –Liberales y Conservadores– monopolizaba sistemáticamente el gobierno por medio del clientelismo, la apatía general y el fraude electoral perpetrado por los caciques locales en una práctica conocida como el turno pacífico.⁴

La matanza de la crema de la juventud europea en un conflicto cuyos objetivos la mayoría desconocían, o ciertamente no compartían, y la consiguiente miseria, incrementaron los movimientos de protesta y la entrada de las masas en la política. A partir de 1917, las clases gobernantes comenzaron a tambalearse ante la avalancha de demandas por reformas sociales, genuina democratización política e incluso la temida revolución socialista.⁵ Así, la Gran Guerra

¹ Francisco J. Romero Salvadó, *España, 1914-18. Entre la guerra y la revolución* (Barcelona: Crítica, 2002), p. ix.

² Arno Mayer, *The Persistence of the Old Regime* (Londres: Croom Helm, 1981), pp. 21-5; Julián Casanova, *Europa contra Europa, 1914-1945* (Barcelona: Crítica, 2011), pp. 8-9.

³ Gabriel Cardona, *Alfonso XIII, el rey de espadas* (Barcelona: Planeta, 2010), p. 27.

⁴ Un texto magnífico para entender la Restauración es Ramón Villares y Javier Moreno Luzón (eds.), *Restauración y Dictadura* (Barcelona: Crítica/Marcial Pons, 2009). Para un estudio detallado de la política clientelar ver José Varela Ortega (ed.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España, 1875-1923* (Madrid: Marcial Pons, 2001).

⁵ Martin Blinkhorn, 'Introduction: Allies, Rivals or Antagonists? Fascists and conservatives in Modern Europe', en Martin Blinkhorn (ed.), *Fascist and Conservatives* (Londres, Unwin Hyman, 1990), p. 3.

constituyó el punto de partida de una era de catástrofe, la llamada Guerra de los 30 años del Siglo XX que trágicamente culminaría con el estallido de la II Guerra Mundial.⁶

Neutralidad Oficial; Paradoja Socio-Económica

No hubo ninguna sorpresa cuando al estallido de las hostilidades en el verano de 1914, el gobierno conservador presidido por Eduardo Dato rápidamente declaró la neutralidad oficial. Los motivos para la adopción de tal política parecían lógicos y razonables, ¿Qué se le había perdido a España en una disputa lejana en los Balcanes?

El mismo Dato explicó tal decisión en su correspondencia con su antiguo jefe y ahora líder de una facción disidente del Partido Conservador, Antonio Maura. El país no podía entrar en la guerra dado su atraso económico y el precario estado de sus fuerzas armadas. No existía ningún tipo de tratado formal que la obligase a tomar partido y además, una España imparcial podía un día ejercer el papel de mediador, dado según Dato, su linaje y autoridad moral, y así ganar con la diplomacia lo que nunca iba alcanzar por las armas.⁷ En realidad, la neutralidad meramente reflejaba el aislamiento diplomático y la falta de relevancia en el concierto europeo. Cualquier pretensión de ser todavía una gran potencia habían desaparecido tras el traumático desastre colonial de 1898 y su manifiesta incapacidad en su nueva e impopular aventura en Marruecos.

En general, la estrategia favorecida por la clase gobernante, con excepciones importantes como luego veremos, fue adoptar la actitud del avestruz: enterrar la cabeza en la arena, ignorar el cataclismo bélico más allá de la frontera y esperar que aquel les ignorase a ellos.⁸ Sin embargo, si bien España se salvó de la terrible sangría humana, no pudo evitar sus dramáticas consecuencias. El relativo letargo político en que el régimen se sustentaba llegó a su fin debido al trastorno económico, la convulsión demográfica, la agitación social y la polarización de sectores de la población en torno al mantenimiento de la neutralidad.

El marco tradicional de la sociedad se vio bruscamente alterado por el impacto paradójico, y, no por ello menos cruel, de la guerra. En términos macroeconómicos, España experimentó un periodo de boom económico inusitado debido a su papel de abastecedor de los países beligerantes además de otros mercados que aquellos se habían visto obligados a abandonar. El resultado fue la afluencia de oro y capital extranjero, la explosión en el número de nuevas entidades bancarias, aventuras comerciales y sociedades anónimas al mismo tiempo que el déficit tradicional de su balanza comercial se transformaba en superávits extraordinarios.⁹ El impacto de esa prosperidad fue tremendamente dispar. Mientras las regiones agrarias del sur y el centro del país entraban en crisis debido a la falta de materias primas y fertilizantes, las zonas industriales y los grandes centros urbanos vivían un periodo de actividad febril. Los barones industriales, los magnates financieros, los grandes comerciantes, los almacenistas, los navieros y los especuladores acumulaban riquezas insólitas pero la mayoría de la población sufrió un vertiginoso empeoramiento de su nivel de vida a causa de la inflación, el acaparamiento, la carestía de las subsistencias y la emigración desde las deprimidas comarcas rurales hacia las ciudades.

El contraste social, presente en todas las grandes ciudades, adquirió, especialmente en Barcelona, caracteres obscenos. La gran metrópolis industrial española vivió una época de esplendor debido a la incesante demanda exterior. Junto a sectores tradicionales como el textil y la metalurgia, cobraron impulso nuevas industrias de bienes de consumo y producción de material

⁶ Mayer, *The Persistence*, p. 3; Eric Hobsbawm, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-91* (Londres: Penguin, 1994), pp. 6-7.

⁷ Gabriel Maura y Melchor Fernández Almagro, *Por qué cayó Alfonso XIII: Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado* (Madrid: Ambos Mundos, 1948), pp. 472-3.

⁸ Romero Salvadó, *España*, p. 11.

⁹ Francisco Bernís, *Consecuencias económicas de la guerra* (Madrid: Estanislao Maestre, 1923), pp. 95-6; Instituto de Reformas Sociales, *Movimientos de precios al por menor en España durante la guerra y la posguerra* (Madrid: Sobrinos de la Sociedad de M. Minuesa, 1923), pp. 10-11; Instituto Nacional de Estadística, *Comercio exterior de España: numerosos índices, 1901-1956* (Madrid, 1958), p. 27.

eléctrico, químico y farmacéutico.¹⁰ Las clases burguesas gastaron sus ganancias fabulosas en signos de ostentación: construcción de viviendas y oficinas en el espectacular barrio del *Eixample* llevando a cabo una auténtica división urbana de la ciudad, joyas, automóviles y diversión en la multitud de nuevos cabarets, casinos y clubs nocturnos que florecieron en la ciudad.¹¹ El libro de Eduardo Mendoza, *La Ciudad de los Prodigios*, ilustra magistralmente el despilfarro y oportunidades que la Gran Guerra trajo a Barcelona:

Todo el que tenía algo que vender se podía hacer rico de un día para otro. La ciudad era un hormiguero: de la mañana a la noche en las oficinas comerciales, los clubs y restaurantes, cabarets y burdeles, se acordaban precios al azar, se insinuaban sobornos, se apelaban a los 7 pecados capitales para cerrar un trato... auténticas fortunas cambiaban de manos en horas en las mesas de póker, *baccarat*... Los manjares más exquisitos eran consumidos sin gran ceremonia (hubo casos en que a los toros se les alimentaba con bocadillos de caviar), no había aventurero, ni jugador, ni mujer fatal que no acudiera a Barcelona en aquellos años.¹²

Tal clima de opulencia no podía contrastar más con la miseria de gran parte de la población. Barcelona creció en la década de 1910 a 1920 de 587,000 a 710,000 habitantes.¹³ La *Ciutat Vella* y los barrios periféricos donde las clases obreras vivían hacinadas en condiciones infrahumanas e indignas de higiene tuvieron que hacer frente al impacto de la llegada de una avalancha de mano de obra barata procedente de zonas rurales en busca desesperada de trabajo. Los propietarios buscaron maximizar sus beneficios en base a la alta demanda por el escaso espacio urbano con aumentos vertiginosos de los alquileres. El resultado fue la subdivisión de pequeños e inhospitales pisos entre varias familias, la proliferación del fenómeno del chabolismo, la construcción de barracas inhospitales en las playas de la *Barceloneta*, e incluso el incremento de habitaciones insalubres donde obreros se turnaban por horas para dormir.¹⁴

A principios de 1916, *El Heraldo de Madrid*, publicaba una editorial titulada ‘*Hambre en España*’ que recogía el nivel de desesperación popular:

Con la neutralidad evitamos la muerte por el hierro, pero no podemos esquivar la muerte por la indigencia... Pululan por las calles de Madrid grupos de braceros que piden a la caridad del transeúnte el pedazo de pan que les ruega su infortunio... Claman en Cataluña los trabajadores de las fábricas por mejoras del jornal... Los obreros piden pan y no por eso renuncian a su derecho a vivir... la complicidad pública será cómplice involuntaria de una catástrofe.¹⁵

El encarecimiento de la vida junto a la grotesca discrepancia entre la precariedad del proletariado y la extravagancia de la enriquecida burguesía llevaron el conflicto social a niveles alarmantes. Desde 1915, motines de subsistencias, colas inmensas, asaltos a comercios y panaderías,

¹⁰ Carme Massana, *Industria, ciutat i propietat* (Barcelona: Curial, 1985), pp. 15-17; José Luis Martín Ramos, ‘L’expansió industrial’, en *L’Avenç*, no. 69 (marzo de 1984), pp. 34-8.

¹¹ Pere Gabriel, ‘Espacio urbano y articulación política popular en Barcelona, 1890-1920’ en José Luis García Delgado (ed.), *Las ciudades en la modernización de España* (Madrid: Siglo XXI, 1992), pp. 69-70; Pedro Gual, *Memorias de un industrial de nuestro tiempo* (Barcelona: Sociedad General, 1923), pp. 116-20; Teresa M. Sala, *La vida cotidiana en la Barcelona de 1900* (Madrid: Silex, 2005), pp. 52, 138-42.

¹² Eduardo Mendoza, *La ciutat dels prodigis* (Barcelona: Edicions 62, 2000), pp. 241-2.

¹³ Massana, *Industria*, p. 125; Anna Cabré y Isabel Pujades, ‘La población de Barcelona i del seu entorn al segle XX’, *L’Avenç*, 88 (Diciembre de 1985), pp. 33-4.

¹⁴ Mercedes Tatjer Mir, ‘Els barris obrers del centre històric de Barcelona’, en José Luis Oyón (ed.), *Vida obrera en la Barcelona de las entreguerras* (Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 1996), pp. 33, 39-44; Chris Ealham, *Class, Culture and Conflict in Barcelona, 1898-1937* (Londres: Routledge, 2005), pp. 6-9.

¹⁵ *El Heraldo de Madrid* (13 de enero de 1916).

peleas en los mercados y huelgas violentas (que de poco servían pues un pequeño aumento de los sueldos era rápidamente eliminado por la inflación galopante) comenzaron a convertirse en espectáculo habitual.¹⁶ Tal era la gravedad de la situación que bajo presión de sus militantes, las dos principales centrales sindicales - la socialista Unión General de Trabajadores (UGT) y la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT) - firmaron en Julio de 1916 un histórico pacto.¹⁷

Debido a su mayor implantación a nivel nacional y número de militantes, los socialistas se erigieron en los socios principales de la alianza.¹⁸ Los normalmente prudentes socialistas tuvieron que imponer su estrategia más moderada frente a los impulsos más radicales de los cenetistas.¹⁹ Estos habían visto en el pacto la señal de que la hora de la revolución se acercaba como dejó constancia uno de sus líderes, Ángel Pestaña:

Se volcaron las cajas de los fondos de los sindicatos, entregando hasta el último céntimo para comprar pistolas y fabricar bombas. Una fiebre de actividad invadió los medios confederales.²⁰

Los dirigentes del socialismo español, como la mayoría de sus homólogos europeos de la II Internacional, eran miembros de la burocracia sindical y políticos reformistas con pequeñas parcelas de poder en los concejales municipales. No planeaban una insurrección armada sino una larga campaña de movilización popular por medio de manifestaciones y asambleas en toda España para forzar al gobierno y a las Cortes a introducir medidas para mitigar la crisis socio-económica.²¹ Ahora bien, los socialistas se hallaban al frente, por primera vez, de un movimiento obrero unido cuyo marco de apuesta trascendía la habitual disputa sectorial o local y, por tanto, en situación de potencial colisión frontal con el estado.

Además de las clases obreras, la inflación, la escasez y la carestía de la vida también impactaron drásticamente en los trabajadores del sector público, incluyendo, por supuesto, los militares que además contemplaban con ansiedad la posibilidad de verse arrastrados a la guerra. Su incapacidad para enfrentarse a sus beligerantes vecinos no era ningún secreto. El agregado militar de Gran Bretaña, Jocelyn Grant, comparaba la potencia efectiva del ejército español con Rumanía y concluía que no representaban amenaza para nadie con la posible excepción de Portugal.²² El malestar castrense adquirió cotas alarmantes con la introducción de un decreto de reforma militar en 1915 que buscaba reducir el inflado cuerpo de oficiales por medio de pruebas de aptitud tanto

¹⁶ Sala, *La vida cotidiana*, p. 207.

¹⁷ Las presiones de militantes socialistas constan en la Fundación Pablo Iglesias (FPI), *Archivo Amaro del Rosal, Actas del Comité Ejecutivo de la UGT, 1916-1918* (AARD-IX, 20 y 27 de enero, 10 de febrero y 9 de marzo de 1916). El momento decisivo tuvo lugar durante el XII Congreso de la UGT celebrado en Madrid (17-24 de mayo de 1916) que aprobó la resolución de la delegación asturiana a favor de la unidad sindical. Irónicamente, los delegados asturianos - Manuel Llana y Isidoro Acevedo - estaban en contra de tal resolución pasada por los mineros de su región y estaban seguros que no se iba a aprobar: FPI, *Archivo Andrés Saborit Colomer* (1915-1917), pp. 1963-4. Las actividades del congreso están en *El Socialista* (18-24 de mayo de 1916). La respuesta favorable de la CNT está en Manuel Buenacasa, *El movimiento obrero español, 1886-1926* (Madrid: Júcar, 1977), p. 122. La invitación formal de la UGT se halla en AARD-IX (11 de mayo de 1916). La alianza sellada en Zaragoza está en AARD-IX (21 de julio de 1916).

¹⁸ La CNT tenía entonces unos 30.000 afiliados principalmente en Cataluña, mientras la UGT tenía más de 100.000 distribuidos por todo el estado.

¹⁹ Véase, por ejemplo, AARD-IX (16 y 19 de noviembre de 1916), reuniones de los dirigentes socialistas con el secretario general de la CNT.

²⁰ Ángel Pestaña, *Lo que aprendí en la vida*, 2 Vols. (Murcia: Zero, 1971 [1933]), Vol. 1, p. 59.

²¹ Las conclusiones aprobadas por el XII Congreso de la UGT fueron el resultado de un compromiso alcanzado por los dirigentes de la UGT en la víspera del congreso. Ver AARD-IX (15-16 de mayo de 1916).

²² National Archives, *Foreign Office Papers* (FO), 371-3030/11488 (9 de enero de 1917).

físicas como intelectuales. El objetivo era poder invertir el capital ahorrado en aumentar el número de soldados y adquirir nuevo material bélico.²³

Desde fines de 1916, oficiales hasta el grado de coronel comenzaron a formar Juntas Militares de Defensa, un tipo de sindicato militar que reclamaba mejores condiciones, aumento de sueldos, y el mantenimiento estricto de la escala cerrada o el rechazo de ascensos que no respondieran a una estricta antigüedad.²⁴ Su órgano de prensa, *La Correspondencia Militar*, ocultaba en parte tales objetivos puramente corporativos por medio de un discurso reformista y crítico de la oligarquía gobernante y del favoritismo recibido por oficiales basados en la casa militar del rey o destinados en África, donde el clima reinante de nepotismo facilitaba la rápida adquisición de medallas y ascensos.²⁵

Neutralidades que matan

La protesta de sectores importantes de la población constituía una tormenta que se cernía sobre el régimen. Su estallido se produjo a causa del contexto internacional.

El año 1917 fue un momento determinante. Comenzó con el anuncio alemán de la guerra submarina a ultranza, es decir sin restricciones, a partir del 1 de febrero. Los Estados Unidos respondieron contundentemente con la inmediata ruptura de relaciones diplomáticas y su entrada en la guerra dos meses después. La intervención norteamericana fue clave para determinar el curso de la contienda. No sólo su inmensa capacidad industrial apuntaló el esfuerzo bélico de los Aliados sino que además llegó cuando la tregua social de los primeros días se tambaleaba. A partir de 1917, las tensiones del conflicto sacudieron los cimientos del asediado antiguo orden que la había incubado.²⁶ El desabastecimiento junto al cansancio producido por una guerra en que cada ofensiva dejaba centenares de miles de bajas y cuyos genuinos objetivos la población desconocía alentaron la desafección general, los amotinamientos y las desertiones de los soldados y las huelgas masivas.²⁷ La guerra se transformó en agente de la revolución. Rusia, tras la caída de la autocracia zarista en marzo y la toma del poder por los Bolcheviques en noviembre, se erigió en su epicentro y el modelo a imitar o demonizar.

En España, el colapso de la monarquía rusa animó a socialistas y anarco-sindicalistas a suscribir, el 27 de marzo, un manifiesto en el que abiertamente culpaban al régimen de amparar la angustia social existente y le amenazaban con derribarlo, en un momento oportuno, por medio de una huelga general indefinida.²⁸ La segunda consecuencia del concierto internacional fue la caída del gobierno del Conde de Romanones.

Al principio de la contienda, Romanones, entonces líder de la oposición dinástica, había conmocionado al país con la publicación de un artículo en su órgano de prensa, *El Diario Universal*, titulado *Neutralidades que matan*. Naturalmente, el conde no abogaba por la entrada en la contienda pero concluía que por razones geográficas y económicas España debía estar en la órbita de los Aliados, sus socios naturales. Tras la recepción negativa que el artículo causó, Romanones negó su autoría del que culpó a su colaborador y antiguo ministro de Estado, Juan Pérez Caballero.²⁹

²³ José Buxadé, *España en crisis. La bullanga misteriosa de 1917* (Barcelona: Bauzá, 1918), pp. 33-4. El decreto de reforma militar propuesto en primer lugar por el Ministro de La Guerra, General Ramón Echagüe, está en el Archivo General del Palacio Real (AGPR), 15.614/6 (9 de noviembre de 1915).

²⁴ Carolyn P. Boyd, *Praetorian Politics in Liberal Spain* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1979), pp. 51-61; Benito Márquez y José María Capó, *Las juntas militares de defensa* (La Habana: Porvenir, 1923), p. 24.

²⁵ Ver por ejemplo (1, 4-5, 9 y 16 de enero de 1917).

²⁶ Mayer, *The Persistence*, p. 15.

²⁷ Fernando García Sanz, *España en la Gran Guerra: espías, diplomáticos y traficantes* (Madrid: Galaxia Gutenberg, 2014), p. 185.

²⁸ *El Socialista* (28 de marzo de 1917).

²⁹ *El Diario Universal* (19 de agosto de 1914). Ver Javier Moreno Luzón, *Romanones. Caciquismo y política liberal* (Madrid: Alianza, 1998), p. 309.

A medida que avanzaba la guerra, el consenso inicial en torno a la neutralidad comenzó a resquebrajarse. Mientras la mayoría de la población nunca llegó a entender (ni a preocuparse) por los detalles de la pugna, la contienda se convirtió en un asunto de interés casi obsesivo para ciertos sectores e instituciones. Con excepciones importantes,³⁰ los terratenientes, los oficiales del ejército, la Iglesia y la corte eran germanófilas. Para ellos, la victoria de los Imperios Centrales simbolizaba el triunfo de valores fundamentales (monarquía, autoridad, tradición, orden social). Por el contrario, las profesiones liberales, la mayoría de los intelectuales y los sectores del proletariado vinculados con el movimiento socialista se identificaban con los Aliados, en particular la secular y republicana Francia, para ellos modelo de la España moderna que deseaban.³¹ La polémica entre ambos campos alcanzó tal nivel de pasión que adquirió, según el historiador norteamericano Gerald Meaker, los visos de una guerra civil dialéctica entre dos visiones contrapuestas sobre el futuro de España, auténtico antecedente del conflicto fratricida que estallaría una generación más tarde.³²

Tras volver al poder en diciembre de 1915, el conde públicamente declaró en repetidas ocasiones su adhesión a la neutralidad oficial.³³ Sin embargo, nunca abandonó sus sentimientos francófilos y bajo su gobierno la polarización llegó a niveles dramáticos; una polarización, en gran parte, fustigada por los beligerantes que convirtieron a España con sus actividades en un teatro indirecto del conflicto. En un libro reciente sobre el tema, Fernando García Sanz incluso afirma que tuvo el dudoso honor de haber sido el primer gran escenario en el que se desarrollaba la guerra a gran escala de los servicios de información de todos los países.³⁴ En especial, Alemania desarrolló una amplia campaña subversiva que incluía el establecimiento de redes de espionaje alrededor de zonas industriales y costeras, en las Islas Baleares y Canarias, en el Marruecos Español y en las cercanías de la frontera francesa, el soborno de oficiales para conocer detalles sobre las rutas navieras y proceder al consiguiente hundimiento de buques mercantes, y la infiltración de grupos anarquistas para sabotear las fábricas cuya producción se exportaba a los Aliados.³⁵ Simultáneamente, el precio exorbitante del papel hizo posible el control extranjero de gran número de publicaciones. De este modo, la prensa en vez de informar objetivamente se limitaba a difundir propaganda de quien la financiaba, fomentando con sus apocalípticas editoriales las ya enconadas pasiones. También aquí, Alemania llevó la iniciativa: hacia el final de la guerra controlaba 500

³⁰ La Reina Victoria Eugenia de Battenberg, inglesa de nacimiento y casada con el Rey Alfonso XIII desde 1906, era por supuesto una excepción en el baluarte germanófilo que era la corte dominada por la reina madre, la austriaca María Cristina de Habsburgo y Lorena.

³¹ Hay amplia literatura sobre las divisiones en torno a la neutralidad. Por ejemplo, Hermógenes Cenamor Val, *Los españoles y la guerra: neutralidad o intervención* (Madrid: Sociedad española de librería, 1916); Lorenzo Ballesteros, *La guerra europea y la neutralidad española* (Madrid: Rates, 1917); Fernando de la Reguera, *España neutral* (Madrid: Planeta, 1967); Fernando Díaz Plaja, *Francófilos y Germanófilos* (Barcelona: Dopesa, 1973); Jesús Longares Alonso, 'Germanófilos y aliadófilos españoles en la Primera Guerra Mundial', *Tiempo de Historia*, 21 (agosto de 1976) y 'España 1914: La difícil neutralidad', *Tiempos de Historia*, 27 (febrero de 1977); Gerald Meaker, 'A Civil War of Words', en Hans Schmitt (ed.), *Neutral Europe between War and Revolution* (Charlottesville: University of Virginia Press, 1988). Ver también FO 371 2471/73963 y 2760/20576, Informes secretos (2 de febrero y 17 de abril de 1916).

³² Meaker, 'A Civil War', pp. 2, 6-7. Ver también Maximiliano Fuentes Codera, 'Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-18)', *Ayer*, 91/3 (2013), p. 92.

³³ En todas sus intervenciones sobre el tema en las Cortes (10 de mayo, 6 de junio, 13 de octubre y 4 de noviembre de 1916).

³⁴ García Sanz, *España en la Gran Guerra*, p. 70.

³⁵ Un amplio resumen de las actividades subversivas alemanas se puede hallar en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (BRAH), *Archivo del Conde de Romanones* (ACR), 63/46 (abril de 1917) y en los informes secretos del servicio de inteligencia británico en FO 371-2760/20756 (2 de febrero de 1916). Para un resumen ver Ron M. Carden *German Policy Toward Neutral Spain, 1914-18* (Nueva York: Garland, 1987), pp. 100-2; y Romero Salvadó, *España*, pp. 82-7. A parte del libro de García Sanz, otro texto fundamental para entender la actuación de los beligerantes en España es Eduardo González Calleja y Paul Aubert, *Nidos de espías. España, Francia y la I Guerra Mundial* (Madrid: Alianza, 2014). Un meticuloso estudio del caso de las Islas Canarias es Javier Ponce Marrero, *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918* (Tenerife: Cabildo de Gran Canaria, 2006).

periódicos y revistas que naturalmente justificaban sus actividades y acusaban a aquellos que las criticaban de amenazar la neutralidad y traicionar a España.³⁶

Tras la intensificación de la guerra submarina y la consiguiente escalada en el número de ataques a mercantes españoles, Romanones intentó emular el ejemplo de los Estados Unidos. El 5 de abril, el brutal torpedeamiento del *San Fulgencio* fue la gota que colmó el vaso. Romanones confió al embajador francés, Léon Geoffroy, que el momento había llegado de abandonar la neutralidad. De otro modo, España se hundiría al nivel de potencia europea irrelevante como Holanda.³⁷ Tal paso nunca se tomó. El 19 de abril fue anunciada la formación de otro ministerio liberal presidido por su rival, el Marqués de Alhucemas. Uno de los más flagrantes periódicos germanófilos celebró el momento plasmando en su portada una viñeta del conde con su corazón atravesado por una espada llamada prensa y sarcásticamente titulado, *Neutralidades que matan*.³⁸

En su nota de dimisión, Romanones justificó su pérdida del poder debido a la oposición a su política exterior tanto de miembros de su partido como de la opinión pública.³⁹ Tal explicación carecía de visos de verosimilitud. Para cualquiera que conociese un poco los fundamentos del sistema político era evidente que gobiernos dinásticos no eran derribados por movimientos de opinión sino por la corona, la institución que determinaba en última instancia la regulación ordenada del turno.⁴⁰

De hecho, a diferencia de la prudencia desplegada por su madre (la Reina Regente María Cristina de Habsburgo y Lorena), desde su coronación en 1902, el nuevo monarca, Alfonso XIII, se caracterizó por tal abuso sistemático de sus atribuciones poniendo y quitando ministerios que las crisis políticas eran conocidas como orientales pues se manufacturaban y resolvían en la residencia del soberano, el Palacio de Oriente.⁴¹ Al estallar las hostilidades en 1914, el rey había dado amplias muestras de simpatías por los Aliados. Romanones indicó en sus memorias que escribió "*Neutralidades que matan*" sabiendo que reflejaba el pensamiento del soberano.⁴² Don Alfonso pronto comenzó a ambicionar el papel de mediador privilegiado entre los dos bandos. El entusiasmo con que se entregó para conseguir tal objetivo le condujo a escribir una página brillante de la monarquía española: la creación de una Oficina Pro-Cautivos que desarrolló cuantiosas iniciativas humanitarias (informaciones sobre prisioneros, desplazados y desaparecidos,

³⁶ Archivo Histórico Nacional (AHN), *Serie Gobernación*, 48A/13 (2 de febrero de 1919); FO 395-117/23798, Informe Secreto sobre la superioridad de la propaganda alemana (octubre de 1917). Carden (*German Policy*, p. 56) sugiere que el control alemán de la prensa española fue un factor clave en el mantenimiento de su neutralidad. Para un amplio estudio del tema ver González Calleja y Aubert, *Nido de espías*, pp. 229-65; y Javier Ponce Marrero, 'Propaganda and Politics: Germany and Spanish Opinion in World War I', en Troy R. E. Paddock (ed.), *World War I and Propaganda* (Leiden-Boston: Brill, 2014), pp. 293-321.

³⁷ El *San Fulgencio* fue torpedeado en aguas territoriales españolas con 2.000 toneladas de carbón procedente de Newcastle. Para colmo, poseía un permiso de circulación expedido por las autoridades alemanas en España. Hacía el número 34 de buques hundidos desde el principio de la contienda. FO 371-3035/75548, despacho de la embajada inglesa confirmando la disposición del gobierno español de romper relaciones diplomáticas con Alemania (12 de abril de 1917). La comparación con Holanda se halla en FO 371-3035, 76696 (13 de abril de 1917). Tal decisión es confirmada en ACR, II I A, carta de Romanones a León y Castillo (14 de abril de 1917) y a Fermín Calbetón (18 de abril de 1917). El borrador de la nota que se iba a enviar a Alemania está en ACR, 63, 46 (Abril 1917). Ver también Carden, *German Policy*, pp. 172-175.

³⁸ *La Acción* (21 de abril de 1917).

³⁹ *La Época* (19 de abril de 1917).

⁴⁰ Un análisis impecable se halla en *España*, no. 118, 'Una crisis Germanófila' (26 de abril de 1917).

⁴¹ Carolyn P. Boyd, 'El Rey-Soldado', en Javier Moreno Luzón (ed.), *Alfonso XIII* (Madrid: Marcial Pons, 2003), p. 218.

⁴² Conde de Romanones, *Notas de una vida* (Madrid: Marcial Pons, 1999 [1947]), pp. 379-80; Según el embajador francés, el monarca le había dicho en confianza que '*Il n'y a que moi et la valetaille qui aimons les Français*' (solo yo y las clase bajas queremos a los franceses). El rey dio seguridades a Francia que permitieron retirar las tropas de la frontera con España y ofreció colaboración militar en Marruecos. Ver Juan Pando, *Un rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra* (Madrid: Temas de hoy, 2002), pp. 100-102.

conmutaciones de penas de muerte, repatriaciones, etc.).⁴³ A medida que avanzaba la guerra, la identificación de los enemigos del régimen con los Aliados junto a la hábil diplomacia alemana alteró radicalmente su inclinación inicial. Finalmente, la revolución rusa seguida por la rápida desertión del zar y reconocimiento del nuevo gobierno provisional por las potencias occidentales le desplazó al campo germanófilo. Por consiguiente, se opuso firmemente y provocó la dimisión del Ministerio Romanones pues no solamente amenazaba su codiciado rol de mediador sino que además alienaba a España en un bando del que desconfiaba.⁴⁴

Su intervención personal y decisiva destituyendo al gobierno dejó al monarca expuesto a la ira de la España francófila. Una asamblea multitudinaria en favor de los Aliados, celebrada en la plaza de toros de Madrid el 27 de mayo de 1917, le acusó de ser el jefe de la causa germanófila y advirtió que no tardaría en sufrir el mismo destino que Nicolás II.⁴⁵ Aterrorizado por la situación internacional y doméstica, Don Alfonso tomó una segunda decisión drástica en poco tiempo. Ordenó al nuevo gobierno disolver las Juntas Militares a las que erróneamente comparaba con los oficiales zaristas que habían permitido la abdicación del monarca ruso.⁴⁶ Tal iniciativa desató un proceso revolucionario de enorme complejidad en el que se pueden apreciar cuatro fases o tres actos con un epílogo decisivo.⁴⁷

La Revolución Española de 1917: Tocata y Fuga

La negativa de los líderes de la Junta central en Barcelona a disolver su organización inició una primera fase pretoriana. Ésta arrancó con la solidaridad de sus compañeros formando una nueva Junta provisional y presentándose en los respectivos cuarteles a sus superiores para ser también detenidos. De la indisciplina se pasó el 1 de junio a un acto de desafío en toda regla. Los oficiales publicaron un manifiesto con carácter de ultimátum pues daba un plazo de 12 horas al gobierno para liberar a sus líderes en prisión, ofrecer garantías de no tomar represalias y reconocer oficialmente los estatutos de las Juntas. En caso de resistencia, se habían tomado medidas para proceder a la ocupación al día siguiente de los respectivos gobiernos militares y cuarteles generales. Tras menos de dos meses en el poder, el Ministerio Alhucemas tuvo que dimitir cuando sus intentos de ocultar la gravedad de la situación mientras negociaba un arreglo se vinieron abajo cuando *La Correspondencia Militar* se jactó en sus editoriales que la rebelión de los junteros representaba ‘el prólogo de la dignificación de España y la sentencia a muerte del imperio del caciquismo y la oligarquía en todos los órdenes de la vida nacional’.⁴⁸

Los acontecimientos en Rusia junto a la insubordinación castrense galvanizó a las fuerzas contrarias al régimen. La llamada del rey a Dato a formar gobierno, procediendo con el turno dinástico como si se tratase de una mera formalidad, incrementó la sensación de parálisis y fue recibida con la

⁴³ Existe vasta documentación sobre la Oficina Pro-Cautivos en AGPR. Por ejemplo, 12.788/1 (lista de los gastos incurridos entre julio de 1915 y febrero de 1921), 15.624/17 y 16.232/ 4 (cartas privadas y peticiones varias desde varios países); 12.106/1 (investigaciones sobre paraderos de prisioneros). Ver un resumen en Pando, *Un rey*, pp. 21-29.

⁴⁴ La transformación de Alfonso XIII en germanófilo fue constatada en Romanones, *Notas*, pp. 384-385; y en FO 371-3033/96587, despacho de Jocelyn Grant, (5 de mayo de 1917). Para un análisis ver Romero Salvadó, *España*, pp. 104-5; y González Calleja y Aubert, *Nidos*, p. 268.

⁴⁵ *El País* (28 de mayo de 1917).

⁴⁶ El papel directo del monarca en la decisión de disolver las Juntas fue reconocida por el entonces capitán general de Barcelona, Felipe Alfau (26 de junio de 1917).

⁴⁷ Francisco J. Romero Salvadó, ‘La crisis revolucionaria española de 1917: una apuesta temeraria’, en Francisco J. Romero Salvadó y Angel Smith (eds), *La Agonía del liberalismo español: de la revolución a la dictadura, 1913-1923* (Granada: Comares, 2014), p. 58.

⁴⁸ El desafío pretoriano y el manifiesto del 1 de junio se hallan en Márquez y Capó, *Las juntas*, pp. 31-39, apéndice 2, pp. 178-9. Ver también Buxadé, *España en crisis*, pp. 33-59.; Fernando Soldevilla, *El año político de 1917* (Madrid: Julio Cosano, 1918), pp. 193-213. Instrucciones para un golpe de estado están en Fundación Antonio Maura, *Archivo Antonio Maura* (AAM), 402/22, carta del capitán de artillería Salvador Furiol a Maura (5 de junio de 1917). *La Correspondencia Militar* (5-7 de junio de 1917).

incredulidad y protesta general.⁴⁹ En medio del caos, la Lliga Regionalista de Catalunya se erigió en el principal protagonista de una segunda fase reformista o parlamentaria.

Fundada en 1901, la Lliga era un partido conservador y de orden, vinculado estrechamente con los sectores industriales de Cataluña. Principal representante del catalanismo político, su programa lejos del separatismo combinaba elementos reformistas con un nacionalismo moderado y pragmático. Más allá de buscar la hegemonía a nivel local, su programa, encarnado en la idea de una *Espanya Catalana*, perseguía la reconstrucción del estado como una nación de naciones dirigida por la más dinámica y próspera Cataluña. Para conseguirlo era, por consiguiente, necesario liquidar el monopolio de poder detentado por el turno dinástico que no solo impedía su acceso al gobierno en Madrid sino que además era percibido como un instrumento de los grandes propietarios agrarios y un freno a la modernización nacional.⁵⁰ Animados por las circunstancias especiales creadas por la guerra favoreciendo la expansión del peso económico de Cataluña y ante la sensación de vacío de poder, la Lliga vio la oportunidad de llevar a cabo una profunda reforma constitucional. No se trataba de repetir el asalto a la Bastilla sino de evitar la anarquía y la revolución sangrienta que se temía estallaría tarde o temprano si el régimen continuaba sin democratizarse. Su dirigente, Francesc Cambó, incluso llegó a declarar que el deber de todo conservador era entonces de ser un revolucionario.⁵¹

El 14 de junio, la Lliga publicó un manifiesto alegando que la desobediencia militar imposibilitaba continuar con el carácter ficcional del régimen.⁵² Cuando el gobierno rechazó abrir las Cortes y siguió escudándose tras la suspensión vigente de las garantías constitucionales y la censura, los regionalistas catalanes invitaron a todos los diputados catalanes a reunirse en el ayuntamiento de Barcelona el 5 de julio; invitación que fue extendida al resto de los diputados españoles a atender una asamblea en la ciudad condal el 19 de julio para discutir la crisis.⁵³ La iniciativa fue rápidamente apoyada por republicanos y socialistas. Antes de ser disuelta por la policía, la Asamblea, atendida por 55 diputados y 13 senadores – 46 de ellos de Cataluña – aprobó resoluciones de gran alcance: la denuncia de un régimen artificial y oligárquico, la elección de unas Cortes Constituyentes en unos comicios presididos por un gobierno que representase la voluntad nacional y la creación de tres comisiones para estudiar respectivamente la primera, la reforma constitucional que incluiría la autonomía para aquellas regiones que lo desearan, la segunda, la defensa nacional, la enseñanza y la administración de justicia, y la tercera, los urgentes problemas socio-económicos.⁵⁴

Tras la celebración de la Asamblea se inicia la fase más violenta tradicionalmente tildada de obrera pero que también se puede describir de contraofensiva gubernamental.

Tal contraofensiva fue facilitada por la posición contemplativa adoptada por Antonio Maura. Su acerbo criticismo de la política dinástica le había conducido a perder la jefatura de su partido, en octubre de 1913, pero provocó el surgimiento de una corriente genuina e importante de opinión, sobre todo entre jóvenes monárquicos, que incluso tomó su nombre (Maurismo). En el verano de 1917, Maura podía haberse convertido en el eslabón vital entre las Juntas y la Asamblea.⁵⁵ Su hijo Gabriel escribió que de haberse pronunciado su padre en ese sentido, parte muy considerable de la derecha española habría renegado públicamente de la Monarquía o, por lo menos, de la persona

⁴⁹ *El Heraldo de Madrid* (6 de junio de 1917) afirmaba que la revolución en España había comenzado. *El Debate* (7 de junio de 1917) hablaba de ceguera del monarca. Pablo Iglesias en *El Socialista* (12 de junio de 1917) comentaba como el desafío militar había revelado la fragilidad del régimen. AAM, 399/18, Protestas de Mauristas fuera del palacio real (11-12 de junio de 1917).

⁵⁰ La estrategia de la Lliga está muy bien analizada en Angel Smith, 'La Lliga Regionalista, la derecha catalana y el nacimiento de la dictadura de Primo de Rivera, 1916-1923' en Romero Salvadó y Smith (eds), *The Agony*, pp. 142-146.

⁵¹ Juan A. Lacomba, *La crisis española de 1917* (Málaga: Ciencia Nueva, 1970), p. 201. La declaración de Cambó está en Manuel Burgos y Mazo, *Páginas históricas de 1917* (Madrid: Núñez Samper, 1918), pp. 108-110.

⁵² *La Veu de Catalunya* (15 de junio de 1917).

⁵³ Lacomba, *La crisis*, pp. 176-179.

⁵⁴ Soldevilla, *El año político de 1917*, pp. 325-339.

⁵⁵ Francisco J. Romero Salvadó, 'Antonio Maura: el gran incomprendido', en Alejandro Quiroga y Miguel Ángel del Arco Blanco (eds), *Soldados de Dios y Apóstoles de la patria: Las derechas españolas en la Europa de entreguerras* (Granada: Comares, 2010), pp. 15-17.

de Alfonso XIII.⁵⁶ En momento tan crítico, tanto junteros como los dirigentes de la Lliga buscaron su concurso. Muchos Mauristas incluidos sus hijos Gabriel y Miguel, le animaron a participar. Sin embargo, el veterano estadista se opuso inflexiblemente a apoyar cualquier iniciativa fuera de la legalidad constitucional y que además pudiese amenazar la monarquía.⁵⁷

El posicionamiento de Maura no solo paralizó a sus seguidores sino que eliminó la pesadilla de una posible coalición reformista en la que colaborasen fuerzas de la derecha (Mauristas y Lliga) y de la izquierda (socialistas y republicanos) con los oficiales. El mismo Cambó reconoció que sin el concurso de Maura la Asamblea sería descrita como un proyecto de separatistas y revolucionarios y consecuentemente no conseguiría ningún apoyo en los cuarteles.⁵⁸ En efecto, Dato, al que sus enemigos habían dado poco crédito, demostró ser capaz de argucias maquiavélicas.⁵⁹ En primer lugar, el gobierno puso en marcha una campaña de intoxicación sin precedentes de la opinión pública. Al tiempo que se presentaba como el defensor de la neutralidad y del orden social, por medio de agentes provocadores y noticias tendenciosas acusaba a sus enemigos de estar financiados por oro extranjero con el objetivo de impulsar una revolución, proclamar la república y entrar en la guerra. La francofilia expresada en muchas ocasiones por republicanos, regionalistas catalanes y socialistas facilitaba los visos de verosimilitud de tales infundios.⁶⁰

Habiendo difundido el paroxismo y la idea de una conspiración internacional, sobre todo en los cuarteles, el gobierno aprovechó el estallido en julio de una violenta huelga del transporte en Valencia para radicalizar los ánimos. El objetivo era arrastrar al proletariado a poner en práctica su amenaza de lanzar una huelga general revolucionaria. Ante el espectro de la revolución, los sectores moderados que apoyaban la Asamblea abandonarían su programa reformista, el ejército aplastaría los disturbios y el gobierno podría jactarse de haber salvado a España.⁶¹

Los socialistas cayeron en la trampa. Animados por republicanos y anarco-sindicalistas, el 13 de agosto declararon el comienzo de una huelga general revolucionaria. Cegados por la euforia, veían en la Asamblea y las Juntas Militares de Defensa la réplica española de la burguesía y el ejército zarista y, por consiguiente, esperaban que la dinastía se derrumbase sin apenas resistencia.⁶² Pero España no había sufrido como Rusia tres años de brutales privaciones y amargas derrotas. Promesas de mejoras salariales junto a los rumores del oro extranjero financiando la revuelta ayudaron a desvanecer las

⁵⁶ Gabriel Maura, y Melchor Fernández Almagro, *Por qué cayó Alfonso XIII: Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado* (Madrid: Ambos Mundos, 1948), p. 302.

⁵⁷ Hay numerosos ejemplos de peticiones de sus seguidores a bien tomar contacto con las Juntas –AAM, 389/10 (20, 25 y 28 de junio de 1917) y 402/22 (20 de junio de 1917) – o a apoyar abiertamente a la Asamblea– 362/2, Miguel a Antonio Maura (24 de junio de 1917) y Gabriel a Antonio Maura (26 de junio, 3, 8, y 13-14 de Julio de 1917). Su rechazo a las Juntas Militares a las que tildó de ‘engendro monstruoso de añeja depravación’ fue terminante como se puede ver en Maura y Fernández Almagro, *Por qué*, Antonio a Gabriel Maura (23 y 30 de junio de 1917), pp. 488-9. Tampoco escatimó oprobios a la Asamblea a la que describió de ‘zoco profesional’, Maura y Fernández Almagro, *Por qué*, Antonio a Gabriel Maura (6 de julio de 1917) pp. 489-490.

⁵⁸ AAM, 19, Cambó a Gabriel Maura (10 de julio de 1917).

⁵⁹ Romero Salvadó, ‘La crisis revolucionaria’, p. 77.

⁶⁰ AGPR, 15,982/25, Hardinge a Emilio de las Torres, secretario del rey, negando enfáticamente cualquier contacto con los enemigos del régimen (4 de Julio de 1917); FO 185-1346/433 y FO 371-3034/175.803, despachos de Hardinge a Balfour (24 y 31 de agosto de 1917). Ver también, González Calleja y Aubert, *Nidos*, pp. 294-8; Romero Salvadó, *España*, pp. 155-157; García Sanz, *España en la Gran Guerra*, pp. 262-268; Buxadé, *España*, pp. 148-151.

⁶¹ Francisco J. Romero Salvadó, *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Spain* (Londres: Routledge, 2008), pp. 86-87.

⁶² Era tal el optimismo entre los Socialistas que, por una vez, incluso ignoraron los consejos de Pablo Iglesias, quien desde su lecho de enfermo se oponía al carácter revolucionario de la huelga. Ver Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos: Carta a un amigo* (México: Ediciones Unidas, 1976), pp. 51-2; Juan José Morato, *Pablo Iglesias* (Barcelona: Ariel, 2000 {1931}), pp. 202-203.

últimas dudas entre los oficiales del ejército que concluyeron que era más fácil ametrallar a los obreros en España que irse a cavar trincheras a Francia y aplastaron con brutalidad la revolución obrera.⁶³

El drama español de 1917 aun contaría con un epílogo o fase final. La victoria del Ministerio Dato duraría poco. Irónicamente, una secuela de las jornadas de agosto fue la coincidencia de los dirigentes junteros, los mauristas, el encarcelado comité de huelga y representantes de la Asamblea, en su condena al gobierno manipulando una disputa laboral para provocar la huelga general.⁶⁴ Seguro de contar con la confianza del soberano pues sus maniobras habían salvado al trono, Dato pensaba que podría aferrarse al poder.⁶⁵ Sin embargo, Don Alfonso tenía su propia agenda. Ante el grave cariz que tomaba la crisis, a espaldas de sus ministros, había establecido canales con los regionalistas catalanes, y, por supuesto, dado marcha atrás en su oposición a las Juntas, laudando en público su patriotismo y confirmando su pleno apoyo a sus demandas.⁶⁶ Por consiguiente, no vaciló el 26 de octubre cuando le fue entregado un mensaje firmado por todas las fuerzas armadas pidiendo la destitución del gobierno. Al fin y al cabo, el rey era bien consciente que el futuro del trono dependía de la actitud de los militares. Por este lado podía estar tranquilo pues el mensaje sobresalía por su fidelidad prometiendo incluso la disolución de unas nuevas Cortes si representaban un desafío a la monarquía.⁶⁷

La Caja de Pandora

El régimen liberal sobrevivió la amenaza de la guerra y de la revolución. La neutralidad permaneció incólume hasta el final y, a pesar de su evidente crisis hegemónica, los partidos dinásticos fueron capaces de arrestar la alternativa renovadora de sus enemigos. Los partidos republicanos no pasaban de ser pequeños grupos urbanos sin programa ni estructura estatal. Los socialistas traumatizados por las jornadas de agosto rechazaron embarcarse en nuevas aventuras revolucionarias.

Sin embargo, el legado de la guerra fue decisivo. Ante la creciente pesadilla de la guerra colonial en Marruecos, España se enfrentaba sin aliados, en particular Francia que no olvidaba las actuaciones germanófilas de sus clases dominantes. En el plano doméstico, ambos partidos dinásticos, divididos en facciones y desmoralizados por su experiencia de 1917, habían visto como el turno pacífico, la base del funcionamiento del sistema por casi 40 años, estaba agotado. Demostraron, no obstante, la capacidad de recurrir a nuevas fórmulas constitucionales como la concentración monárquica que encabezó el Marqués de Alhucemas en noviembre de 1917 e incluso el impresionante gobierno nacional presidido por el mismísimo Maura de marzo a noviembre de 1918 en el que participaron todos los jefes de facción. Además en la nueva configuración de fuerzas, la clase gobernante parecía reforzada por el concurso de ministros de la Lliga. A pesar de ello, el régimen pronto empezó a experimentar la ola de euforia revolucionaria, alimentada por el malestar socio-económico y el triunfo Bolchevique en Rusia, que a diferencia de 1917, contaba ahora con una dimensión urbana y rural y estaba capitalizada por la CNT. En realidad, como experimentarían muchos otros órdenes constitucionales en Europa, el régimen liberal no sería derribado precisamente por la revolución. La apuesta temeraria de Dato había abierto una Caja de Pandora, el espectro de una monarquía de tipo pretoriano que no sería ya posible de cerrar.

⁶³ Una amplia narrativa de los acontecimientos se encuentra en Soldevilla, *El año político de 1917*, pp. 370-403; Buxadé, *La bullanga*, pp. 251-96; Lacomba, *La crisis*, pp. 257-84; Romero Salvadó, *The Foundations*, pp. 86-92.

⁶⁴ Por ejemplo ver declaraciones de Julián Besteiro actuando de interlocutor del comité de huelga durante su juicio en octubre, en Anón., *La condena del comité de huelga* (Madrid: n.p., 1918); Cambó en *La Veu de Catalunya* (25 de octubre de 1917); AAM, 362/2, Miguel a Antonio Maura (16-17 de agosto y 7 de septiembre de 1917) y Gabriel a Antonio Maura (16 y 20 de agosto de 1917); *La Correspondencia Militar* (20 de octubre de 1917).

⁶⁵ Pruebas de ese optimismo se pueden ver en BRAH, *Archivo Eduardo Dato*, carta del ministro de Estado (Marqués de Lema) a Dato confirmando el apoyo total del monarca (3 de octubre de 1917); y en su conversación con el embajador británico en FO 185-347/522 (28 de octubre de 1917).

⁶⁶ Melchor Fernández Almagro, *Historia del reinado de Alfonso XIII* (Barcelona: Montaner & Simón, 4th edn., 1977), pp. 234-6; Joaquín María Nadal, *Memories*, (Barcelona: Aedos, 2nd edn., 1965), pp. 269-270.

⁶⁷ Márquez y Capó, *Las Juntas*, apéndice 16, pp. 216-223.